

# LA ÚLTIMA ETAPA EN LA VIDA DE LEONOR LÓPEZ DE CÓRDOBA: DE LAS *MEMORIAS* A SUS DISPOSICIONES TESTAMENTARIAS\*

María Jesús LACARRA  
*Universidad de Zaragoza*

## 0. INTRODUCCIÓN

La figura de Leonor López de Córdoba (1362-1430), bien conocida por los historiadores de la nobleza andaluza, fue “descubierta” por los filólogos gracias a su inclusión en 1971 en el manual de *Historia de la literatura española medieval* de Alan Deyermond. Por entonces el maestro de medievalistas consideraba que las *Memorias* habían sido compuestas al final de sus días y llamaba la atención de los lectores hacia este texto, de “estilo sencillo, desmañado a veces”, pero conmovedor, que proponía adscribir al género autobiográfico<sup>1</sup>; por último, añadía que el hecho de que su autora fuera una mujer hacía “de esta obra una de las más notables de su tiempo”(1974: 275). En los más de treinta años transcurridos tras estas sugerentes líneas el texto ha sido objeto de importantes ediciones filológicas, traducciones y estudios, que han servido para profundizar en su análisis estructural y temático, adentrarse en el debatido asunto de su condición genérica y de sus nexos con los discursos autobiográficos, cronísticos o hagiográficos, así como para precisar su fecha de redacción y las razones que la motivaron.

---

\* El trabajo se inscribe en el proyecto del Ministerio de Educación y Ciencia HUM2006-07858, que cuenta con fondos Feder, y en el “Grupo Clarisel”, financiado por el Gobierno de Aragón. Una versión reducida se presentó en las *II Jornadas sobre Literatura y Género: del discurso didáctico a la ficción*, Vitoria, 18-19 de noviembre, coordinadas por Eukene Lacarra en la Universidad del País Vasco.

<sup>1</sup> Conservo el término con el que la crítica moderna prefiere designar la obra, utilizado por vez primera por Adolfo de Castro en 1902, pese a que los lectores desde el siglo XVII solían calificarla de “relación jurada” o de “vida jurada”, como hace Francisco Ruano (1994: 524); para los problemas genéricos remito a mi artículo (Lacarra 2007).

Paralelamente<sup>2</sup> se ha rastreado la presencia de doña Leonor en crónicas y documentos de la época, lo que ha permitido conocer su trayectoria posterior. Así, por ejemplo, Lia Vozzo Mendia (López de Córdoba 1992), autora de la más cuidada edición de las *Memorias*, incorpora en apéndice extractos de la *Crónica de Juan II* de Álvar García de Santa María, la *Relación de la Descendencia de los caballeros de el apellido de Guzmán de la ciudad de Córdoba*, un pasaje de las *Generaciones e Semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán y dos composiciones satíricas de Gómez Pérez Patiño, incluidas en el *Cancionero de Baena*, materiales que ayudan a leer el texto de las *Memorias* desde otra óptica. Descubrimos que los sufrimientos de doña Leonor no fueron en balde, ya que consiguió ocupar un puesto de privilegio en la corte como Camarera Mayor y privada de la reina Catalina de Lancáster, nieta de Pedro I, a quien había servido fielmente su padre, don Martín López de Córdoba, hasta que el “señor Rey [Enrique II] mandó que le cortasen la cabeza” (López de Córdoba 1992: 50). Las intrigas cortesanas, y su desmedida ambición de poder y riquezas, pusieron fin definitivamente a esta relación en 1412. Desde entonces hasta la fecha de su muerte en 1430, doña Leonor residirá en Córdoba, preocupada por consolidar su fortuna y conseguir la perduración de un linaje que tantos esfuerzos le había costado levantar, sin olvidarse de la salud de su alma y de la de los suyos. Son muchos los documentos conservados que permiten reconstruir, casi con precisión, sus pasos en estos últimos años, pese a que hayan sido muy poco transitados por los filólogos hasta el extremo de que, en una reciente publicación, se afirme que “después de esa fecha [1412], ya no tenemos noticias sobre la autora de las *Memorias*” (Vozzo Mendia 2002: 752). Una gran parte se hallan en la colección documental de don Luis Salazar y Castro, integrada en la Real Academia de la Historia desde 1850, y en la Colección Vázquez Venegas, actualmente en el archivo de la catedral de Córdoba, y han sido manejados por historiadores como Manuel Nieto Cumplido (1979), Carmen de Juan Lovera (1989), Milagros Rivera Garretas (1994, 2002), María Estela González de Fauve y Patricia Forteza (1996) o Margarita Cabre-ra Sánchez (2001).

Sorprende, sin embargo, que su testamento haya permanecido inédito hasta ahora, al menos en lo que a mí alcanza. A principios del siglo XVIII fue copiado, como tantos otros documentos, por el

---

<sup>2</sup> El lector encontrará pormenorizadas referencias bibliográficas en dos artículos de R. Mérida (1998, 2000), en el documentado panorama de F. Gómez Redondo (2002: 2334-2350), así como en la base de datos BIESES, Bibliografía de escritoras españolas, que, dirigida por Nieves Baranda, se puede consultar en Internet (<http://www.uned.es/bieses/>). Doy las gracias a Manuel Nieto Cumplido por facilitarme una copia de su trabajo, y a Carmina García Herrero, por su lectura atenta y sugerentes comentarios.

historiador Luis de Salazar y Castro (1658-1728), Cronista Mayor de Castilla y de las Indias, bibliotecario de Carlos II y autor de varias obras donde traza la historia de la Casa de Silva, la Casa de Lara o la genealogía de los Señores de Fernán Núñez (Soria Mesa 1997). Legó su riquísima colección de cartas y documentos al Monasterio de Montserrat de Madrid de donde, tras la desamortización, pasó a integrarse en la Real Academia de la Historia, donde ha sido regestada por el Marqués de Siete Iglesias, Antonio Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa, y por Baltasar Cuartero y Huerta en cuarenta y nueve volúmenes (1949-1979). En su gran mayoría se trata de copias, cuyos originales han desaparecido, como parece ser el caso del testamento de doña Leonor. Este documento fue consultado en 1756 por el jesuita Francisco Ruano, cuando escribió su obra genealógica sobre la *Casa de Cabrera en Córdoba*, aunque no lo publicó, limitándose a sintetizar algunas disposiciones que le parecieron importantes, especialmente las referentes a la construcción de su capilla (Ruano 1994: 513-514), y recientemente por Margarita Cabrera Sánchez, quien ha recordado los deseos de Leonor de tener un velatorio privado (2001: 213).

En esta tesitura me ha parecido interesante editarlo, para lo que me he servido de la mencionada copia conservada en la Real Academia de la Historia, acompañado de un estudio preliminar en el que he tratado de relacionar algunas de las disposiciones testamentarias con la trayectoria personal de doña Leonor. Indudablemente los historiadores sabrán sacar otro provecho de su estudio, pero desde el punto de vista filológico su lectura, confrontada con la de las Memorias, se convierte en un estimulante ejercicio que ilumina este último texto y proporciona un nuevo ángulo desde el que analizarlo. La identificación del estilo de las Memorias con los documentos notariales resulta aún más evidente al descubrir las numerosas concordancias formales que mantiene con este texto. A ello cabe añadir que, bajo los numerosos formulismos, el contenido de un testamento rebasa ampliamente el aspecto jurídico para convertirse en un fiel reflejo de quien lo dicta y de la sociedad en la que está inmerso (Royer de Cardinal 1992: 62). Por lo tanto, su edición y comentario no sólo puede ayudarnos a comprender mucho mejor a doña Leonor López de Córdoba, a profundizar en sus complejas relaciones familiares y a apreciar el nivel económico que había conseguido con el paso de los años, sino también a valorar la lucha de una mujer por defender su linaje y recuperar su patrimonio.

1. *EN EL NOMBRE DEL MUY ALTO SEÑOR DIOS: LA VINCULACIÓN CON LOS DOMINICOS MÁS ALLÁ DE LA MUERTE*

El testamento comienza, como era normal en la época, con un largo preámbulo religioso, plagado de formulismos, de alabanzas a la Virgen y con las habituales consideraciones en torno a las angustias de la muerte. En ese momento, 6 de febrero de 1428, doña Leonor reconoce estar “enferma del cuerpo e de la voluntad”, pero “en mi buen entendimiento e cumplido seso e memoria natural”, condiciones imprescindibles para poder ejecutar su última voluntad. Podemos suponer que se encontraba próxima a los 66 años, edad avanzada para la época, pero que aún le permitiría vivir dos años más, puesto que el 3 de julio de 1430 disponía en un segundo codicilo el texto que debía figurar en su propia lápida. A través de la rigidez de las fórmulas notariales se percibe, sin embargo, una cierta espiritualidad personal.

Doña Leonor mantiene una estrecha vinculación con la orden dominica y con el convento de San Pablo de la ciudad de Córdoba, lo que le lleva a pedir ser enterrada en él, en una capilla construida para su familia, y con el hábito de dicha Orden como mortaja. Este deseo estaba muy extendido en los testamentos del XV y se veía incrementado por la presencia en el mundo urbano de las órdenes mendicantes y su modelo vital de humildad y pobreza. Como indica Chiffolleau, el laico solía adquirir el hábito a uno de los frailes de la comunidad, como una especie de viático hacia el más allá (1980: 122). A la hora de escoger sudario o lugar de enterramiento algunos testadores se inclinan por los dominicos y otros por los franciscanos, aunque, en opinión de Rafael Sánchez Sesa, se percibe “un paulatino desplazamiento desde la piedad de los dominicos a la de los franciscanos, quienes terminan por constituirse en la orden religiosa predilecta para la asistencia en la última hora” (2000: 171). Por el contrario la elección de doña Leonor por la Orden dominica puede fundarse en varios motivos. Sus afanes de grandeza, y su estancia en la Corte, le harían recordar que los predicadores eran los confesores naturales de los reyes y que Enrique II, como después hará Juan II, también había optado por el mismo hábito. A esto cabría añadir razones más personales que la unían desde años atrás al convento cordobés de San Pablo, fundado con ocasión de la conquista de la ciudad por Fernando III el Santo en el año 1236, y cuya fama fue acrecentándose con el paso de los años (García Seco 1970; Serrano Ovín 1975: 77-130). En opinión del dominico Juan de Ribas (1687: 33), “elige San Pablo para sepultura por tener ahí un hermano”; sin embargo, el parentesco entre fray Álvaro de Córdoba (†1430) y doña Leonor López de Córdoba es

de muy dudosa historicidad. A los argumentos ya aducidos (Huer-ga 1981: 49-54; Lacarra 2007: 731-741) cabe añadir ahora este documento. En 1423 el beato Álvaro de Córdoba empezó a construir un convento en la sierra cordobesa, Santo Domingo de Escalaceli, gracias a una donación real, pero necesitaba limosnas para su ampliación. Es muy difícil seguir admitiendo esa relación familiar tras comprobar cómo su supuesta hermana no lo menciona en su testamento ni deja para esta fundación ninguna de sus numerosas mandas piadosas. Por el contrario, la lectura de sus *Memorias* permite confirmar el origen de sus preferencias, si recordamos cómo describe la codicia de los frailes franciscanos, que en las Atarazanas de Sevilla acuden a quitarles los collares de oro a sus cuñados después de enterrados, mientras que, gracias a su novena a Santa María “el Amortecida” en el convento de San Pablo, y a su sacrificio de ir durante treinta días a maitines descalza, consigue abrir la puerta donde había visto el arco de la Virgen.

A los mismos ideales de sencillez parecen responder las siguientes disposiciones, relativas al velatorio y al cortejo fúnebre, aunque, como señala Chiffolleau, muchas veces la aspiración a la simplicidad y a la humildad evangélica es solo otra modalidad de ostentación (1980: 143). Pese a que lo normal era exponer el cuerpo a los visitantes que concurrían a la casa mortuoria, doña Leonor hace un expreso rechazo de estas prácticas (“donde persona alguna no me vea, salvo dos buenas mugeres que me guarden”) y para el cortejo fúnebre nocturno solo menciona la asistencia de religiosos, aunque no olvida solicitar la presencia de “doze hachas”. Las hachas, “velas grandes de cera”, eran el tipo de antorcha de precio más elevado y más demandado por una minoría correspondiente a personajes con una buena posición socio-económica. En cuanto al número elegido, doce, es muy posible que se trate de una alusión simbólica a los apóstoles (Baldó Alcoz-García de la Borbolla-Pavón Benito 2005: 178-179). En la misma línea se encuentran las distintas mandas piadosas, no muy diversas a las que eran habituales entre las élites castellanas y andaluzas desde la segunda mitad del XIV hasta finales de la Edad Media (Sánchez Sesa 2000; Cabrera Sánchez 1994). Entre ellas no sólo está beneficiar a los dominicos, sino contribuir a las obras de la catedral y ayudar a las órdenes redentoras, la Trinidad y la Merced, también conocidas ya como “órdenes acostumbradas”. La gran obra de la catedral cordobesa injertada en la mezquita no se realizó hasta el siglo XVI, pero desde finales del XIII se fundaron y decoraron varias capillas en su interior. La redención de los cautivos es también un motivo común en otras mandas testamentarias, más frecuente cuando el documento se dicta en tierras todavía fronterizas. Doña Leonor precisa incluso

el nombre que deberán llevar los cautivos redimidos, Juan y Pedro, exactamente igual que los monarcas castellanos y que sus dos nietos, hijos de doña Leonor y de Juan de Guzmán “el Póstumo”. También se percibe un acercamiento a la piedad laica, con su recuerdo a los pobres y a las emparedadas, a las que pide que recen por ella, especialmente próximas a la sensibilidad de una mujer que había dado muestras de una religiosidad extrema e individualista, como se refleja en sus *Memorias*.

Pese a la sobriedad de la ceremonia, no exenta de teatralidad, doña Leonor escoge una sepultura solemne, en clara correspondencia con su posición social, y dedica una parte importante de su testamento a describir los pormenores de su ubicación y a señalar quiénes tendrán derecho a ser inhumados en ella y en qué lugares. Así se refuerzan los vínculos entre los miembros del linaje, incluso más allá de la muerte que, de este modo, se convierte en un factor integrador, y se facilitan también los sufragios al hallarse todos los miembros del clan sepultados en el mismo lugar. El cuidado con el que insiste en estos detalles obedece a la importancia que se concedía en la época a la sepultura y a su emplazamiento, clara señal de fortuna y una vía también de ensalzamiento del honor familiar a lo largo de generaciones, aunque coincide con las prácticas testamentarias femeninas. Del amplio conjunto de testamentos analizados por Chiffolleau se concluye que las mujeres dan, con mayor frecuencia que los hombres, indicaciones muy exactas acerca de junto a quien desean ser enterradas, posiblemente porque, en su caso, las precisiones son necesarias (1980: 183-184). Gracias a la documentación conservada descubrimos que su preocupación por el tema se habría iniciado a su regreso a Córdoba tras su estancia en la corte. Entonces comenzó a dar los pasos que le vincularían al convento de San Pablo más allá de su muerte con la adquisición el 1 de agosto de 1409 de unas propiedades de dicho centro en las “collaciones” de San Andrés y de San Pablo, que donó, al día siguiente, es decir el 2 de agosto, a la misma comunidad religiosa. Es muy posible, como han estudiado Carmelo García Seco (1970) y Vicente Serrano Ovín (1975: 107-112), que, en atención a las limosnas recibidas y en agradecimiento a esta última donación, los dominicos concedieran a doña Leonor el espacio necesario para la construcción en el interior de la iglesia de una capilla funeraria para ella y su linaje. Probablemente las obras se iniciaron entonces, pero se interrumpieron y de la lectura del testamento se deduce que no estaban finalizadas en 1428 (“en una capilla que yo ay tengo comenzada a facer”, “desque la dicha capilla sea fecha”).

Especialmente interesantes para conocer su concepción del linaje son sus disposiciones para la distribución del espacio, la men-

ción de los incluidos en la capilla, así como de los excluidos o no mencionados. En el lugar más señalado, delante del altar mayor, desea que se ubique la sepultura de su padre, como cabeza visible de todo el clan familiar, en un último acto simbólico para restaurar su honor. Don Martín López de Córdoba, fiel servidor de Pedro I, murió ajusticiado por orden de Enrique II, quien incumplió su palabra de respetar su vida tras entregarle la villa de Carmona. Su hija lo convierte en sus *Memorias* en un paradigma de lealtad, al hacerle protagonizar un *exemplum* histórico, cuando, camino del patíbulo, se cruza con el traidor Bertrand du Guesclin. El texto de la inscripción, subrayado por algún lector en el manuscrito, recuerda su fidelidad al monarca así como la nobleza de su conducta: “Aquí iace el Maestre don Martín López que Dios dé Santo Paraíso, criado del Señor Rey don Pedro, que Dios dé Santo Paraíso, el qual murió como noble cavallero”. La importancia de esta sepultura se refuerza por sus elementos icónicos (leones dorados, cruz y pendón de Calatrava y escudo de armas) así como por su posición (delante del altar mayor). La organización que doña Leonor esboza de los restantes enterramientos revela una concepción simbólica del espacio, como se refleja en tantas construcciones medievales, bien sea artísticas o literarias. La sepultura del padre, que ocuparía el espacio central, serviría de eje para distribuir “a la mano izquierda como entra ome en la dicha capilla”, un espacio femenino donde se ubicaría su propia sepultura, que compartiría con sus nietas, Beatriz y Catalina, ya fallecidas, y la de su hija, “en el arco que está a mi cabezera” frente a un espacio masculino, en el que en un futuro se enterrará su hijo, “en el arco que es a la cabecera de su padre”, y sus nietos, Pedro y Juan. Todos los enterramientos mencionados deberían de ser sepulturas altas, “e si algunas personas de mí decendientes se quisieren enterrar en el suelo de la dicha capilla, mando que sean enterrados llanos y que no ayan otras sepulturas altas más de las sobredichas y que no sea fecha ninguna ni alguna sepultura en pared de las sobre dichas, salvo de iuso dellas”. A la oposición “derecha-izquierda” se suma ahora la tradicional división entre “alto-bajo” que establece una clara distinción entre los miembros nucleares del linaje y sus futuros descendientes. A esto se añade, por último, una tercera distinción entre el interior de la capilla y el exterior, la nave de acceso, donde podrán ser enterrados sus criados y otros familiares, siempre con el consentimiento de alguno de los fundadores. Pese a ser inhumados más alejados del centro, la precisión revela el papel destacado de los criados en la organización del clan familiar, asimilados a otros descendientes colaterales.



Esta organización jerárquica del espacio parece propia de la cosmovisión de doña Leonor y no se corresponde con las condiciones impuestas por la comunidad en el momento de la donación del terreno. En éstas se hacía mención expresa de “que se hicieran dos sepulturas altas en medio de la capilla, una para su padre y otra para sí, y que no se hiciese otra sepultura alta para otro alguno, aunque se tratase de descendiente por línea recta, si no fuese prelado obispo o de tanta dignidad” (Serrano Ovín 1975: 108). Por ello cuando su nieto, Luis de Hinestrosa, único hijo varón de don Martín López de Hinestrosa, contrató a un maestro cantero para terminar la construcción en 1482, no se ejecutaron exactamente las disposiciones testamentarias. En la actual capilla de Nuestra Señora del Rosario (anteriormente de Santo Tomás) hay dos lápidas en los muros, que corresponden a Leonor, cuyo texto dejó redactado en el segundo codicilo a su testamento, dictado el 3 de julio de 1430, y a su marido, y en el centro la de su padre, el Maestre don Martín, y uno de sus nietos, Enrique de Guzmán (Serrano Ovín 1975: 110-111).

## 2. MIS SEÑORES LOS REYES: EL SERVICIO A LA CORONA Y EL ENRIQUECIMIENTO PERSONAL

La privilegiada posición que Leonor ocupaba en la corte de Catalina de Lancáster comenzó a resquebrajarse en torno a 1408 y llegaría a la total ruptura en 1412, cuando la Reina le amenazó con mandarla quemar si regresaba (López de Córdoba 1992: 76). Sin embargo, estos sucesos no parecen empañar los buenos recuerdos que conserva de su estancia en palacio y es difícil descubrir algún eco de estas tensiones en su testamento. Por el contrario, en 1409 entregaba distintos bienes a la iglesia de San Pablo “como dote de una *memoria perpetua* de dos fiestas solemnes con sermón, que habían de celebrarse los días de la Santísima Trinidad y de santo Tomás de Aquino por el rey don Juan y doña Catalina” (Serrano Ovín, 1975:107); es decir, se alude aquí a la institución conocida como *capellanía*, que comporta el compromiso a perpetuidad de los religiosos de celebrar unas misas solemnes en esas dos festividades en honor del rey Juan II y de su madre. Se trataba de una práctica muy común entre las familias pudientes y nobiliarias, quienes, a cambio de un legado, obligaban así a una comunidad religiosa a rezar en el aniversario de la defunción o del enterramiento de su fundador. Como señala Molenat (1986), la perpetuidad con que se establecen estos rezos y ceremonias los convierte en una vía para conservar la memoria de los personajes a quienes



se aplica, de tal modo que la capellanía, fundación de tipo religioso, favorece la perduración de un linaje al igual que la institución del mayorazgo, fundación de tipo económico. Sin embargo, doña Leonor no la establece para ella y los suyos sino para los monarcas, en un rasgo de aparente generosidad y gratitud.

Es muy probable que esta decisión deba mucho a la tensa situación vivida por esas fechas en la Corte y de la que dan noticia tanto Álvarez García de Santa María, en los capítulos correspondientes de la *Crónica de Juan II*, como el co-regente, Fernando de Antequera, en una extensa carta dirigida a los habitantes de Vizcaya. En ella insiste en los problemas que se originan por la influencia que doña Leonor ejerce sobre la Reina, en su habilidad para sobornar a cuantos son en el reino y en la obtención “de grandes quantías de goyas” que sólo se solucionarán con su expulsión (Severin 1996: 644). La respuesta a tan graves acusaciones parece ser el establecimiento de una capellanía, en la que elige como fechas significativas el día de Santo Tomás y el día de la Santísima Trinidad. La elección de esta segunda fecha prueba la intimidad que doña Leonor tenía con doña Catalina, ya que “era cierta [en ese día] había sido engendrado el señor rey don Juan, mas la fiesta de Santo Tomás de Aquino, solemne con sermón, porque en ese día nació el dicho rey don Juan y también por la señora reina doña Catalina, su sobrina” (Serrano Ovín, 1975:127).

La mención al dogma trinitario se repite en su testamento, pero en este caso doña Leonor quiere darle a la fecha un significado simbólico especial, vinculándola no solo a la monarquía reinante sino también a su cambio de fortuna, de modo que consigue unir su destino con el de los Reyes:

una capilla que yo ay tengo comenzada a facer a nombre y a honor e reverencia de la Santa Trinidad, en cuyo día fue engendrado el muy glorioso embiado de la mano de Dios mi Señor el rey don Johan, hijo del muy alto y de la muy alta, mis señores, el rey don Enrique y la reina doña Catalina, de muy santa y muy esclarecida memoria, que Dios dé santo Paraíso, en cuio día de la Santa Trinidad me fue comienzo de ser yo consolada en la merced de los dichos señores, Rey e Reina, que Dios dé Santo Paraíso (el subrayado figura en la copia manuscrita).

La conmemoración de la Trinidad, convertida en dogma a partir de 1343, se celebra el domingo posterior al de Pentecostés, por lo que está sujeta a variaciones en el calendario. Es difícil saber a qué alude cuando habla del consuelo “en la merced de los dichos señores” que tuvo comienzo ese día, aunque, a modo de hipótesis, cabe recordar que la recuperación económica de doña Leonor arranca de

la estancia de los Reyes, Enrique III y Catalina de Lancáster, en Córdoba. La primera piedra de su patrimonio se estableció el 7 de junio de 1396 con la concesión de una tienda de jabón, que surtiría de este producto a la ciudad (Cuartero y Huerta-Vargas-Zúñiga 1961, t. XXVIII, doc. 45.286), y a la muerte de Enrique III (1406) se instaló en la corte para servir a la Reina como Camarera Mayor. Se ha argumentado también, con buenas razones, que doña Leonor pudo dictar el texto de sus *Memorias* en ese momento como una “carta de presentación” ante la Reina, a quien le recordaba así que su padre, don Martín López de Córdoba, había salvado la vida de doña Constanza de Castilla, madre de doña Catalina de Lancáster, y que su marido, Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, estaba emparentado con la dinastía reinante (Amasuno 1996: 62-63).

Su obsesión por los bienes muebles e inmuebles, que es una constante en las *Memorias*, se verá satisfecha gracias a la vinculación con la monarquía y en gran parte por la voluntad de la Reina, quien no sólo la tuvo a ella, sino también a su hija, a su servicio a la que consideraba su sobrina. A esto se añade su habilidad y “mano en los negocios del reino”, en expresión de Juan de Ribas (1687: 31), lo que le valió la enemistad de muchos cortesanos y finalmente su expulsión. De esa forma quien se vio obligada, al salir de las Atarazanas sevillanas en 1379, a vivir de la caridad de una tía pudo acabar sus días con un patrimonio muy considerable que legaría a sus dos hijos. A este primer negocio, muy lucrativo y muy solicitado por la nobleza, seguirían otros muchos, en los que también hay que ver la concesión real, como la renta del barro, o de las alcabalas del pan y del vino. Se trata de *juros de heredad*, donaciones de los reyes, que permitían el cobro a sus beneficiarios de ciertos impuestos (*alcabalas*) de la hacienda real. Doña Leonor los habría recibido por los servicios prestados o, en algún caso, los habría adquirido y, al ser a perpetuidad, los puede ceder y legar a sus herederos (Cabrera Sánchez 1998: 260 y 2001: 233-234). Con estos negocios adquiere una buena fortuna que le permitirá hacer las donaciones citadas a los dominicos de San Pablo para el establecimiento de la capellanía y la construcción de la capilla familiar, dotar generosamente a su hija en el momento de su matrimonio con Juan de Guzmán y adquirir numerosos bienes que luego dividirá entre sus dos hijos al establecer los mayorazgos. Doña Leonor era bien consciente de que en estos momentos la jerarquía dentro de la sociedad noble se apoyaba no solamente en la sangre de un linaje sino en la riqueza que se poseía y de ese modo el incremento de su patrimonio se convierte en un camino para restaurar su honor y el de su familia, arruinada y destruida tras la derrota de los petrístas.

### 3. *YO E MIS HIJOS E MIS NIETOS*: LEONOR LÓPEZ DE CÓRDOBA A LA CABEZA DE SU LINAJE

El testador, ante la hora límite de la muerte, recuerda a su círculo familiar más próximo, tanto a los ya fallecidos como a los vivos, entre quienes reparte sus bienes o sus deudas. En este caso doña Leonor se centra en sus dos hijos vivos, don Martín y doña Leonor, para quienes dispone las mandas familiares y sólo menciona a su yerno, don Juan de Guzmán, a sus nietos, Juan y Pedro, a las nietas ya fallecidas, Beatriz y Catalina, así como a su hijo Gutierre, también difunto. Nada dice de su otro hijo, Juan Fernández de Hinestrosa, que había muerto contagiado por la peste a los 12 años, ni de su nieto, Luis de Hinestrosa, hijo póstumo de Martín López de Hinestrosa y de Beatriz de Quesada, puesto que aún no habría nacido.

El gran ausente dentro de esta reducida nómina es su marido, quien también desempeñaba un reducido papel en las *Memorias*. Al comienzo de éstas se menciona su matrimonio a los siete años, en una ceremonia que deberíamos considerar unos esponsales establecidos para consolidar la unión entre los petristas tras la derrota de Pedro I en Montiel (1369). Ruy Gutiérrez de Hinestrosa era hijo único de Juan Fernández de Hinestrosa, anterior valido del rey, muerto en 1359, y, a tenor de lo que dice doña Leonor, heredero de una gran fortuna. Sin embargo, cuando ambos salieron de la prisión sevillana nada quedaba de ese esplendor económico, lo que le obligaría a marcharse con el fin de reclamar sus bienes. Pese a que la imagen de su regreso que ofrece el texto no puede ser más desoladora (“cavalgó encima de su mula, que valía muy pocos dineros, e lo que traía vestido no valía treinta maravedís”), también para él llegaría más adelante la recuperación económica, aunque no alcanzaría el ascenso espectacular que descubrimos en la trayectoria de su esposa. Nos consta que vivía en 1411, que había obtenido el señorío de Teba y que estaba al frente de una de las alcaldías de Córdoba, cargo que había ocupado el suegro, y que pudo deber a las gestiones de su mujer (Cabrera Sánchez 1998: 80-81 y 2001). Seguía vivo en 1423, cuando con su licencia funda doña Leonor dos mayorazgos, por lo que cabe suponer que su fallecimiento no estaría muy lejano en el momento de dictar este testamento. Sin embargo, no desempeña ningún papel en él, algo inusual cuando la testadora era una viuda; sólo se le menciona casualmente para concretar la futura ubicación del enterramiento del hijo (“a la cabecera de su padre”) y para advertir que cuenta con su licencia para vender los bienes que posee en Castrojeriz, pero ni siquiera encarga sufragios por su alma. La situación no deja de ser insólita, aunque

en otros testamentos femeninos también se muestra una clara prioridad del parentesco por vía patrilineal sobre el vínculo matrimonial. Así, por ejemplo, cuando redacta sus últimas voluntades Violant de Algaraví, pintora aragonesa del siglo XV, no recuerda a ninguno de sus maridos, pese a que el segundo había fallecido hacía menos de dos años, posiblemente por la diferencia de clase y de prestigio familiar (García Herrero-Morales Gómez 1999: 660).

Las causas de esta ausencia no son fáciles de explicar. Kathleen Curry (1985: 47) relacionó su reducida presencia en las *Memorias* con el ideal de santidad medieval, ya que en las hagiografías de las santas laicas se tiende a desvalorizar su vida conyugal. Por su parte, Rivera Garretas (1990: 177) observó cómo su figura se va eclipsando en ellas y acaba siendo sustituida por la de la Virgen. Al margen de estas observaciones, habría que tomar en consideración los factores económicos. La lectura de las *Memorias*, complementada ahora con la de su testamento, nos transmite la imagen de una mujer orgullosa por haber logrado por sí misma la recuperación del honor y un considerable nivel de fortuna. Como señala Rivera Garretas (1994: 106), “ella se percibe el centro de la historia y del relato de los años de cárcel en las Atarazanas de Sevilla, ella construye una casa y una fortuna familiar en Córdoba a la muerte de Enrique II, ella negocia la muerte en los años de peste, ella busca y obtiene el favor de la reina, ella funda y dota al mausoleo familiar en San Pablo de Córdoba...”. Su mundo se construye en torno a un personaje central, -ella misma-, rodeada de mujeres y con la sombra, agrandada por el recuerdo infantil, de la imagen paterna. Incluso la recuperación económica y social del esposo se debería a sus hábiles gestiones en la corte. Por lo tanto su caso no sería muy distinto del de las herederas casadas con señores de menor entidad, quienes invertían las pautas habituales y se integraban ellas y sus maridos en el panteón de la propia familia (Beceiro-Córdoba de la Llave 1990: 350).

Los únicos legítimos herederos son sus dos hijos supervivientes, don Martín y doña Leonor, entre los que ahora distribuye lo que resta, ya que el 11 de agosto de 1422 había ya repartido sus bienes entre ambos con la fundación de sendos mayorazgos (Cuartero y Huerta-Vargas-Zúñiga, t. XXXIII, doc. 53.157). La decisión puede considerarse excepcional, por varias razones. Un mayorazgo supone legar la mayor parte de los bienes de forma indivisible para que sigan transmitiéndose y así se pueda conservar íntegra la riqueza y el poder; habitualmente se hacía sobre el mayor de los hijos y el promotor era un varón. La mujer quedaba relegada en la mayoría de los casos, ya que se consideraba que su auténtica herencia era la dote, que se había incrementado sensiblemente desde principios del

siglo XIV. En esta ocasión, doña Leonor es la fundadora, pero no de uno sino de dos, y se beneficia también su hija. Como señala Cabrera Sánchez, “es el único caso que hemos encontrado, referido a Córdoba, en el que su promotor fue una mujer y que se trató, además, de un doble mayorazgo” (2001: 235). La situación es aún más sorprendente si tenemos en cuenta que por entonces todavía vivía el marido de doña Leonor, don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, ya que para el reparto se requiere su licencia junto a la del Rey (Valverde Madrid 1977: 133). Leonor explica la necesidad del doble mayorazgo para evitar que su hija fuera “mucho agraviada en la su parte legítima” (Cabrera Sánchez 1998: 290), aunque tendría también en cuenta las circunstancias personales de cada uno.

Su hijo Martín había escogido la carrera eclesiástica y en ese momento por tanto carecía de descendencia masculina. A ello se alude en la Escritura de partición de bienes (“vuestro hijo maior, si él quisiese ser lego e casar, e donde non quisiese casar nin dejar de ser clérigo, que pudiédeses facer e ficiédeses e diédeses el maiorazgo a doña Leonor, muger de don Joan de Guzmán”, Cuartero y Huerta-Vargas-Zúñiga, t. XXXIII, doc. 53.157, fol. 119v) y se atestigua en diversos documentos (Bulario 1966-67, docs. 340, 426, 450, 559, 620 y 771; González de Fauve-Forteza 1996: 23; Cabrera Sánchez 2001: 215-216). Según éstos fue clérigo en Córdoba, arcediano de Talavera, abad de la diócesis de Burgos y canónigo en Ávila y Toledo hasta 1429, aunque poco después dejó la carrera eclesiástica para casarse con Beatriz de Quesada, con quien tuvo un hijo, Luis de Hinestrosa. Sin embargo, en el momento de redactarse el testamento y de hacer el reparto de los bienes no tenía heredero, lo que justificaría la preferencia de doña Leonor por su hija, ya casada, y con dos hijos varones. Al margen de estas razones, la lectura del documento deja entrever los celos de la madre ante las seguras protestas del hijo por esta distribución tan poco habitual de la herencia. En favor de su decisión, argumenta que ya gastó bastante en él cuando marchó a Inglaterra, viaje para el que fue autorizado en 1411 (Bulario 1966-1967: 41-42, doc. 450), y, sobre todo, que los bienes son suyos y “según derecho e fuero de esta dicha ciudad, yo puedo dar e hacer e ordenar e distribuirlos por la manera e vía que quisiere”.

El insólito reparto no duró mucho y, a la muerte de su madre, los hijos devolvieron la situación al cauce habitual en la tradición. El 28 de abril de 1431 Leonor, en esos momentos viuda, solicitaba del rey, don Juan II, la autorización para renunciar a su mayorazgo en favor de su hermano, vulnerándose así la última voluntad de su madre (Cuartero y Huerta-Vargas-Zúñiga 1964, t. XXXIII, doc. 53.117). Para evitar resentimientos con su hermano, ya casado,

“eligió la práctica de la paz: una práctica civilizadora que es más propia de la historia de las mujeres que de la historia de los hombres” (Rivera Garretas 2002: 154).

Cuando doña Leonor contaba cerca de 17 años se encontró sola al salir de la prisión sevillana, muertos su padre y sus hermanos, y obligada a echar mano de la solidaridad de su tía, doña María García Carrillo, para poder contar con alimento y cobijo. Como única superviviente de un linaje destruido por la guerra, se convierte en defensora del nombre familiar y asume un papel tradicionalmente reservado a los hombres, dictando esa reducidísima crónica, conocida hoy como *Memorias*. Su objetivo -reivindicar el honor de su linaje y llamar la atención de la reina doña Catalina de Lancaster-, quedó cumplido con creces, si nos atenemos a la situación que refleja su testamento. Los pocos años que pasó en la Corte al servicio de la Reina fueron más que suficientes para reunir un gran patrimonio que le permitiría construir una capilla y fundar dos mayoraos que distribuye entre sus hijos. Ambas decisiones son excepcionales, ya que las mujeres casi nunca mandan enterrarse en capillas que ellas hicieran construir, aunque existan excepciones, sino donde está su familia, y en muy raras ocasiones promueven mayoraos, que en todo caso recaen sobre varones. Sin embargo, Leonor no solo lleva adelante estos planes, sino que lega una parte importante de su herencia a su hija y anula por completo la figura de su esposo. A través de su testamento se escucha la voz firme de quien se considera con derecho para disponer libremente de unos bienes propios, no heredados, sino obtenidos con su trabajo o fruto de su relación con los Reyes. Las circunstancias históricas que le tocaron vivir, y su singular fortaleza, hacen de doña Leonor una personalidad insólita en el panorama hispano, muy alejada de la “liviana e pobre mujer”, como la calificaba Fernán Pérez de Guzmán.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AMASUNO, Marcelino, “Apuntaciones histórico-médicas al escrito autobiográfico de Leonor López de Córdoba (1362-1430)”, *Revista de Literatura Medieval*, VIII (1996), 29-71.
- BALDÓ ALCOZ, Julia, Ángeles GARCÍA DE LA BORBOLLA y Julia PAVÓN BENITO, “Registrar la muerte (1381-1512). Un análisis de testamentos y mandas pías contenidos en los protocolos notariales navarros”, *Hispania*, LXV/1, 219 (2005), 155-226.
- BECEIRO PITA, Isabel y Ricardo CÓRDOBA DE LA LLAVE, *Parentesco, poder y mentalidad. La nobleza castellana. Siglos XII-XV*, Madrid, CSIC, 1990.

- BULARIO de la Universidad de Salamanca*, rec. Vicente BELTRÁN DE HEREDIA, Salamanca, Universidad, 1966-1967.
- CABRERA SÁNCHEZ, Margarita, "El sentido de la muerte en la nobleza cordobesa durante la segunda mitad del siglo XV", *Meridies*, 1 (1994), 63-83.
- \_\_\_\_\_, *Nobleza, oligarquía y poder en Córdoba al final de la Edad Media*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad; Obra Social y Cultural de CajaSur, 1998.
- \_\_\_\_\_, "El destino de la nobleza petrista: la familia del maestre Martín López de Córdoba", *En la España Medieval*, 24 (2001), 195-238.
- CHIFFOLEAU, Jacques, *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Age (vers 1320-vers 1480)*, Roma, École Française de Rome, 1980.
- CUARTERO Y HUERTA, Baltasar y Antonio VARGAS-ZÚÑIGA Y MONTERO DE ESPINOSA, *Índice de la colección de don Luis Salazar y Castro*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1961, t. XXVIII; 1964, t. XXXIII.
- CURRY, Kathleen Amanda, *Historia y literatura en las Memorias de doña Leonor López de Córdoba*, Dissertation, Georgetown University, 1985.
- DEYERMOND, Alan D., *Historia de la literatura española. I. La Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1974 (1ª ed. inglesa, 1971).
- GARCÍA HERRERO, María del Carmen y Juan José MORALES GÓMEZ, "Violant de Algaraví, pintora aragonesa del siglo XV", en *Homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros*, Zaragoza, Universidad: Facultad de Filosofía y Letras (Departamento de Historia Medieval), Col. Aragón en la Edad Media, 14-15, 1999, vol. I, pp. 653-674.
- GARCÍA SECO, Carmelo, "La capilla del Rosario (Iglesia de San Pablo)", *Omeya*, 14 (1970), s. p.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Historia de la prosa medieval castellana. III. Los orígenes del humanismo. El marco cultural de Enrique III y Juan II*, Madrid, Cátedra, 2002, 2336-2350.
- GONZÁLEZ DE FAUVE, María Estela y Patricia de FORTEZA, "Linaje y poder a través de un escrito femenino: las memorias de Leonor López de Córdoba (s. XV)", *Meridies. Revista de Historia Medieval*, 3 (1996), 17-27.
- HUERGA, Álvaro, *Escalaceli*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981.
- JUAN LOVERA, Carmen, "Doña Leonor López de Córdoba (1362-1430). Relato autobiográfico de una mujer cordobesa escrito hacia 1400", *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 60, 117 (1989), 255-268.
- LACARRA, María Jesús, "Género y recepción de las *Memorias* de Leonor López de Córdoba (1362/1363-1430)", en *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005)*, eds. Armando López Castro y María Luzdivina Cuesta Torres, León, Universidad, 2007, pp. 731-741.

- LÓPEZ DE CÓRDOBA, Leonor, *Memorie*, ed. de Lia Vozzo Mendia, Parma, Pratiche, 1992 (Col. Biblioteca Medievale, 20).
- MÉRIDA, Rafael, "La imagen de la mujer en la literatura castellana medieval: hacia un laberinto bibliográfico de mudable fortuna (1986-1996)", *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 19 (1998), 403-431.
- \_\_\_\_\_, "Mujeres y literaturas de los medioevos ibéricos: voces, ecos y distorsiones", *Estudis Romànics*, 22 (2000), 155-176.
- MOLENAT, Jean Pierre, "La volonté de durer: majorats et chapellenies dans la pratique tolédane des XIIIe-XVe siècles", *En la España Medieval*, 5. *Estudios en homenaje al profesor don Claudio Sánchez Albornoz*, tomo 2, Madrid, Universidad Complutense, 1986, 683-696.
- NIETO CUMPLIDO, Manuel, "Aportación histórica al *Cancionero de Baena*", *Historia. Instituciones. Documentos*, 6 (1979), 197-218 (esp. 212-215).
- RIBAS, Juan de, *Vida y milagros del beato fray Álvaro de Córdoba* [...], Córdoba, Diego de Valverde y Leyva y Acisclo Cortés Ribera, 1687.
- RIVERA GARRETAS, María-Milagros, "Leonor López de Córdoba: la autorrepresentación", en *Textos y espacios de mujeres (Europa, siglos IV-XV)*, Barcelona, Icaria, 1990, 159-178.
- \_\_\_\_\_, "En torno a las *Memorias* de Leonor López de Córdoba", en *Las mujeres en la historia de Andalucía. Actas del II Congreso de Historia de Andalucía. Córdoba, 1991*, Córdoba, Junta de Andalucía; Cajasur, 1994, t. 2, 101-111 (Colección Mayor).
- \_\_\_\_\_, "Leonor López de Córdoba: nuevos datos (el archivo de la casa del Bailío)", en *Las mujeres en la historia de Andalucía. Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. Córdoba, 2001*, Córdoba, Cajasur, 2002, t. II, 151-154.
- ROYER DE CARDINAL, Susana, *Morir en España (Castilla Baja Edad Media)*, Buenos Aires, Universidad Católica de Argentina, 1992.
- RUANO, Francisco, *Casa de Cabrera en Córdoba (1779)*, ed. Soledad García-Mauriño Martínez, Córdoba, Imprenta San Pablo, 1994.
- SÁNCHEZ SESA, Rafael, "Modelos de muerte y mentalidad religiosa en la península ibérica. Los testamentos entre las élites castellanas de la segunda mitad del siglo XIV a la segunda mitad del XV", *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 5 (2000), 163-178.
- SERRANO OVÍN, Vicente, "La iglesia del real convento de San Pablo. Córdoba", *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 95 (1975), 77-130.
- SEVERIN, Dorothy Sherman, "A Letter of Complaint from Fernando de Antequera about Leonor López de Córdoba in PN2", en *Nunca fue pena mayor. Estudios de literatura española en homenaje a Brian Dutton*, Ana Menéndez Collera y Victoriano Roncero López, eds., Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, 633-644.
- SORIA MESA, Enrique, *La biblioteca genealógica de don Luis de Salazar y Castro*, Córdoba, Servicio de Publicaciones, 1997.



VALVERDE MADRID, José, "La escritora doña Leonor López de Córdoba", *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas letras y Nobles Artes*, XLVI, 97 (1977), 131-134.

VOZZO MENDIA, Lia, "Leonor López de Córdoba. *Memorias*", en *Diccionario filológico de Literatura Medieval Española. Textos y transmisión*, Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, eds., Madrid, Castalia, 2002, pp. 750-753.

## APÉNDICE

Testamento de doña Leonor López de Córdoba, copia del original conservada en la Real Academia de la Historia, M-53, ff. 114-119 (registado por Cuartero y Huerta-Vargas-Zúñiga 1964, t. XXXIII, doc. 53.156). Dado que se trata de una copia dieciochesca, he regularizado la ortografía, la acentuación y la puntuación y he resuelto las abreviaturas sin indicación alguna; conservo los subrayados.

[114v]

Testamento de doña Leonor López, hija de don Martín López, Maestre de Calatrava

Antiguo archivo del convento de Peñaflor

En el nombre del muy Alto Señor Dios Todopoderoso, que vive e reina perdurablemente sin comienzo e sin fin para siempre jamás, amén.

Porque todas las personas razonables según Dios debemos comenzar todos nuestros fechos e por Él fueron e son fechas todas las cosas del mundo e sin Él no se puede facer cosa alguna que virtuosa ni meritoria sea a honra e alabanza de la Santa e Gloriosa Bienaventurada Virgen Santa María, su madre, a quien todos los cristianos tenemos e debemos tener por madre e abogada en todos nuestros fechos e necesidades, por quanto, según la natural experiencia nos de cada día demuestra, no es cosa más cierta a toda criatura que la muerte ni es cosa más incierta que la su ora. E por quanto otrosí la viba experiencia nos demuestra manifestamente que los dolores e angustias de la muerte para toda criatura de uso razonable, e lo perturba en tal manera que así mesmo mal lo suyo no sabe qué pueda ni aconseja e por quanto, según dicen los sabios antiguos, mientras el cuerpo se esfuerza en sanidad la su voluntad interior usa más abundantemente de razón, en el cual todo cauta o entendida criatura debe componer e ordenar la sentencia con juicio de la postrimera voluntad.

Por ende sepan cuantos esta carta de testamento vieren como yo, doña Leonor López, fija de mi señor el Maestre don Martín

López, que Dios dé Sancto Paraíso, vecina que soy en la muy noble ciudad de Córdoba en la collación de Santa María, estando enferma del cuerpo e de la voluntad e seyendo en mi buen entendimiento e cumplido seso y memoria natural, cual Dios me lo quiso dar, e creyendo firmemente en la Santísima Trinidad, que es Padre e Hijo y Espíritu Santo, tres personas y una esencia divinal, así como todo fiel cristiano debe creer e temi/éndome [115r] de la muerte, que es natural, de la cual ningún ome deste mundo no se puede escusar, e considerando las cosas que dichas son e queriendo poner la mi ánima en la más llana carrera de vida que yo pueda hallar para la llevar a salvación, por ende, conozco e otorgo que fago e ordeno este mi testamento e manda de mí e de mis bienes a honor de Dios y de la siempre Virgen Bienaventurada Santa María e de toda la corte celestial, en el cual primeramente mando la mi ánima a mi Señor Dios Padre, que la crió a su semejanza, del cual pido por merced, que Él, por su santa y acostumbrada misericordia e piedad, la mande e reciva a la su Santa Gloria de Paraíso, quando su voluntad fuere que yo parta desta vida. Otrosí mando que, quando quier que de mí acaeciére finamiento, que el mi cuerpo que lo entierren y sea enterrado en el monesterio de San Pablo desta dicha ciudad de Córdoba y en una capilla que yo aí tengo comenzada a facer a nombre y a honor e reverencia de la Santa Trinidad, en cuyo día fue engendrado el muy glorioso embiado de la mano de Dios mi Señor el rey don Joan, hijo del muy alto y de la muy alta, mis señores, el rey don Enrique y la reina doña Catalina, de muy santa y muy esclarecida memoria, que Dios dé santo Paraíso, en cuyo día de la Santa Trinidad me fue comienzo de ser yo consolada en la merced de los dichos señores, Rey e Reina, que Dios dé Santo Paraíso. Y mando que la tumba que yo tengo fecha que sea puesta delante del altar mayor sobre sus leones dorados desque la dicha capilla sea fecha y que sea pintada blanca embarnizada con una figura de cruz de Calatrava con letras de oro en derredor que diga así:

Aquí yace el Maestre don Martín López que Dios dé Santo Paraíso, criado del Señor Rey don Pedro, que Dios dé Santo Paraíso (*criado del Señor Rey don Pedro que Dios dé Santo Paraíso, repetido*), el cual murió como noble cavallero.

Y mando que le pongan un escudo de sus armas y su pendón de Calatrava. E mando que mi cuerpo/ [115v] sea enterrado en el ábito de la dicha Orden y que me tengan en mis casas fasta la noche en una cámara, donde persona alguna no me vea, salvo dos buenas mugeres que me guarden, y en la noche que me lleven los frailes de la dicha Orden e los clérigos curas e los clérigos de la veintena de la iglesia de Santa María desta ciudad y con doze hachas, e me

pongan los dichos frailes en el lugar que yo deyo asignado para mi enterramiento en la dicha mi capilla, el cual lugar está ante el arco que es azia acá del altar de la dicha mi capilla, a la mano izquierda como entra ome en la dicha capilla. E mando que mi cuerpo sea enterrado delante del arco de la mano derecha de la dicha capilla, donde yace enterrado mi fijo Gutierre, y mando que mis nietas, doña Beatriz e doña Catalina, que Dios perdone, que sean enterradas y puestas conmigo en mi sepultura. Y mando que mi fijo, don Martín López, que sea enterrado, cuando a Dios pluguiere de lo llevar desta vida, en el arco que es a la cabezera de su padre, y doña Leonor, mi fija, cuando a Dios pluguiere que desta vida vaya, mando que sea enterrada en el arco que está a mi cabezera. Y mando que en mi sepultura no sea enterrado otro cuerpo sino el mío e las dichas doña Beatriz e doña Catalina, mis nietas. Y mando que si mis nietos, don Pedro e don Joan, se quisieren enterrar en la dicha mi capilla, desque voluntad fuere de Dios que desta vida vayan, mando que sean enterrados en par de la sepultura del Maestre, mi señor, y que ayan sepulturas altas. E si algunas personas de mí decendientes se quisieren enterrar en el suelo de la dicha capilla, mando que sean enterrados llanos y que no ayan otras sepulturas altas más de las sobredichas y que no sea fecha ninguna ni alguna sepultura en pared de las sobredichas, salvo deyuso dellas. E otrosí mando que en la nave que ba desde la puerta de la dicha mi capilla/ [116r] fasta la puerta que yo fize, frontera de la que pasa a la claustría de la dicha Orden, que en toda la dicha nave sean enterrados mis criados y mis familiares de los que yo e mis fijos e mis nietos e mis decendientes diéremos gracia que se entierran aí estos dichos mis criados e familiares; que no ayan posesión ni puedan alzar sepultura[s] altas más que el suelo de la dicha Orden nin ayan posesión ni derecho de enterrar otra persona alguna a do él, o ella, fuere enterrado, sin licencia de mis fijos o nietos o de mis decendientes ni puedan vender ni enagenar las dichas sepulturas ni aya dellas más poseedores ni derecho ni otro por ellos más de cuanto sus cuerpos sea enterrados, por cuanto la dicha nave me fue otorgada para los dichos mis familiares por el prior e fraires del dicho convento de San Pablo. Y mando que la zelda a que yo estoy obligada de facer detrás de mi capilla, para que avía de tomar la mitad del corral del mesón del Furtado, que se non faga y que quede el dicho corral del Furtado según se está. Y mando a la obra de la iglesia catedral de esta ciudad de Córdova, porque me sean otorgados los sus santos perdones e por honra de los sacramentos que ende recivo, 100 maravedís desta moneda que se agora usa y mando a la cruzada 100 maravedís y mando a las Órdenes de la Trinidad y de Santa María de la Merced desta dicha ciudad, para ayuda

a la redención de los cristianos que son captivos en tierra de moros, a cada Orden 200 maravedís y mando a los pobres de San Lázaro, que es cerca desta dicha ciudad, 30 maravedís y mando a la obra de Santo Antón 20 maravedís e mando a todas las emparedadas desta dicha ciudad, con las de Santa María de las Huertas, a cada una 100 maravedís e ruégoles que cada una dellas el día de mi enterramiento que me rezen los psalmos de la penitencia o después lo más aína que pudieren una vez cada una. Otrosí mando que/ [116v] el día de mi enterramiento que me rezen 10 psalterios los diez más pobres frailes que oviere en la dicha Orden de San Pablo y que dé a cada uno 20 maravedís en limosna. Y si el dicho mi fijo dixere que yo tengo cargo dél, de lo que diz que le toma de sus beneficios, desto yo no fago cargo de conciencia esto por cuanto, aunque yo tomara e gastara cuanto rindieran los sus beneficios, yo no ficiera conciencia dello.

E yo doy al dicho don Martín López, mi fijo, de lo mío muncha plata e sortijas y paramientos y paños franceses e prendas de paños y otras cosas y 1000 florines en oro que le embié cuando fue a Inglaterra, con lo cual yo tengo y soy cierta que mi conciencia está descargada ante mi señor Dios de lo que el dicho mi fijo dixere que yo tomé de sus beneficios y de su oficio de chancillería, aunque alguna cosa oviera tomado deso mesmo por razón que todos los dichos bienes y cada uno dellos que yo hube y tube y agora tengo, los hube e gané y compré e gané de ganancias de “castrense peculio vel quasi castrense”, que yo he havido hasta aquí así de merced de los reyes, en especial del dicho mi señor el rey don Enrique, de muy santa y esclarecida memoria, que Dios dé Santo Paraíso y del dicho mi señor el rey don Joan, que Dios mantenga, y de la muy esclarecida reina e señora doña Catalina, su madre, que Dios dé Santo Paraíso, como de algunos oficios que yo hube de los dichos señores, Rey e Reina, de que se me han seguido tales e tantos provechos de que se pudieron comprar y compraron los dichos bienes y muchos más. E juro por Dios e por Santa María e por los Santos Evangelios y por esta señal de la Cruz, en que corporalmente puse mi mano derecha, ante los escrivanos públicos firme este mi testamento, que esto que sobre dicho es, y cada cosa de lo contenido en este mi testamento, que es así verdad. De los cuales dichos bienes todos, según derecho e fuero de esta [117r] dicha ciudad, yo puedo dar e hacer e ordenar e distribuirlos por la manera e vía que quisiere.

Otrosí conozco y otorgo que en el tiempo que mi señora la Reina crió a la dicha mi hija, doña Leonor, le dio ciertos paños de lana e cosas, aljofar e sortijas con piedras preciosas y más otros ciertos paños de oro y otros ciertos paños franceses y mantas de

pared y cuentas de oro e corales e otras cosas y joyas munchas. E después quando la su merced fue de la mandar casar, le libró y dio 15000 doblas de oro moriscas para su casamiento e la dicha mi fija las hubo e cobró e yo en su nombre e yo receví e guardé todas estas cosas e joyas e bienes e doblas sobre dichas de la dicha doña Leonor, mi fija, y a el tiempo de su casamiento ella casó con el dicho don Joan, su marido, apreciele e dile todas estas cosas e bienes sobre dichos, que suyos eran que la dicha señora Reina le dio a cumplimiento de 20000 doblas de buen oro real y de justo peso sobre las dichas 15000 doblas que la dicha señora Reina le libró. Todo esto apreciado para que fuesse su dote e caudal de la dicha doña Leonor, mi fija, lo cual todo la dicha señora Reina hubo dado e dio a la dicha doña Leonor, mi fija, antes que la yo casasse con el dicho don Joan e para el dicho su casamiento, como dicho es, por el buen amor e voluntad que la dicha señora Reina le havía e por deudo del linage que por ella tenía de parte de su padre e por los buenos servicios que la dicha mi fija le fizo. E juro por Dios e por Santa María e por los Santos Evangelios e por esta señal de la Cruz † en que corporalmente puse mi mano derecha segunda vez ante las firmas deste dicho mi testamento, que todo lo que dicho es e en este dicho mi testamento es contenido, que es así verdad y que le dio los sobredichos bienes e doblas e todo lo sobredicho según dicho es a la dicha doña Leonor, mi fija, con el dicho don Joan, su marido, y de todo lo que yo mando a los dichos mis fijos por los mayorazgos que les yo tengo fechos con autoridad e licencia e/ [117v] mandamiento espreso del dicho señor el Rey e por cada uno dellos e donaciones en ellos e en cada uno dellos contenidas que aya e tenga para sí cada uno de los dichos mis hijos, nietos e descendientes míos e de los dichos mis fijos y nietos en la manera y forma e con las condiciones que los yo fechos y mandados tengo, que vengan a la otra mi herencia e bienes otros e igualmente e los ayan e partan igualmente entre sí los dichos don Martín López y doña Leonor, mis fijos, y que no sean contadas a la dicha doña Leonor, mi fija, las dichas 20000 doblas en la parte de la herencia y bienes que de mí heredare e oviere de haber después de mi finamiento ni le paren perjuicio a el otro mayorazgo que le yo dejo por este mi testamento.

E por este mi testamento afirmo y apruevo, quiero y mando que lo así ayan los dichos mis fijos y cada uno dellos, como se lo yo mandado tengo. E quiero e mando más a los dichos don Martín López, mi fijo, e doña Leonor, su hermana, otrosí, mi fija, la mi heredad que yo tengo que le dicen Escarlata, que es en el Aljarafe de la muy noble ciudad de Sevilla, o las heredades que por esa dicha heredad se permutaren y me dieren en trueque o yo oviere en

otra cualquier manera por la dicha heredad. Y más les mando los 3000 maravedís que yo tengo por merced del juro de heredamiento en la renta del alcavala del varro desta dicha ciudad de Córdoba y que sea en mano y escogencia del dicho don Martín López, mi fijo, el aver destas cosas, conviene a saber, los dichos 3000 maravedís de merced o la dicha heredad, cual él más quisiere, e la otra que la aya la dicha doña Leonor, mi fija, su hermana. Y cumplido e pagado todo lo que por mi ánima en este mi testamento mando e en mi cobdicilio mandare, el remaniente que fincare de todos mis bienes raíces e muebles mando que lo ayan y hereden e partan igualmente entre sí los dichos don Martín López e doña Leonor, mis fijos, / [118r] a los cuales establezco por mis legítimos herederos en todo el dicho mi remaniente.

E para cumplir y pagar todo lo suso dicho en este mi testamento contenido o en mi cobdecilio que yo hiciere, el cual apruevo, por este mi testamento mando que se vendan los bienes que yo tengo en Castroxeriz, para lo cual tengo licencia de mi marido, y las mis casas que yo tengo en Segovia, que han linderos la calle de la rúa, que está entre la plaza que es ante la puerta de las dichas casas e las dichas casas e la calle que decién de entre medias del Monasterio de la Trinidad y de las dichas casas a la plaza de San Nicolás de la dicha ciudad de Segovia, e las casas que yo tengo en Otordesillas, contenidas so ciertos linderos de que en las cartas públicas de compras dellas face mención, e las casas que yo tengo en Palenzuela, que son en la calle de la judería que ba de la plaza del alcázar de la dicha villa que han linderos de la una parte casas de Gonzalo Pérez de Perquella y de la otra parte casas de don Salomón mayor e de las otras partes las calles. Y de lo que estas casas y bienes valieren, que se faga mi capilla y sean cumplidas las mandas de mi testamento y de mi cobdecilio y las deudas que fueren averiguadas que yo debo y de lo que remaneciére que sean sacados dos cativos, Joan e Pedro, los cuales están cautivos en tierra de moros y que los ayan y embíen a sacar mis albaceas, o cualquier dellos, y para que fagan e cumplan y paguen todo cuanto yo en este mi testamento mando y mandare en mi cobdicilio que hiciere como dicho es, fago mis albaceas a Martín Alfonso, vicario, y a fray Alfonso de Trasierra y al dicho fray Gómez Cafrero y a cada uno dellos de por sí en todo, a los cuales y a cada uno dellos doy e otorgo todo mi poder cumplido, libre e llenero, e licencia para que ellos, o cualquier dellos de por sí, en todo entren y tomen e vendan e cumplan e paguen e entre y tome/ [118v] e venda e cumpla e pague todo cuanto yo en este mi testamento he mandado e mandaré en mi cobdicilio que hiciere, como dicho es, sin requerir a los dichos mis herederos o alguno dellos y aunque no ayan asentado la dicha mi

herencia los dichos mis fijos e herederos, yo quiero e mando que, aunque los dichos mis fijos e herederos o algunos dellos digan o diga que quiere pagar las dichas mandas o facer y cumplir todo lo sobredicho y den fianza para ello, que no les vala ni pare perjuicio a los dichos mis albaceas ni alguno dellos ni a el poderío por mí a ellos dado e otorgado, ni aunque digan que venden los dichos bienes por menos de lo que valen y que ay otros bienes que se pueden vender sin más daño de los dichos mis herederos que non los que los dichos mis albaceas o alguno dellos quisieren vender y que valen la cuantía para pagar dellos las otras mandas e deudas. E revoco todos los otros testamentos y mandas e cobdecilios y cono- cencias, así juradas como no juradas, e cada una dellas contenidas en los otros testamentos y cobdicilios antes deste fechos y por mí otorgados y cada uno dellos que yo he fecho hasta oy que otorgo no quiero que valgan ni otros algunos salvo éste e los otros dos mayorazgos que yo tengo fechos con licencia e mandamiento del dicho señor Rey para los dichos don Martín López y doña Leonor y todo lo en ellos contenido e mandado, conocido y jurado e cada una cosa dello.

E yo agora fago en el que por mayor firmeza escreví mi nombre y más el cobdicilio que yo hiciere, los cuales quiero que valan e sean firmes para en todo tiempo, que es fecho e otorgado este mi testamento en la muy noble ciudad de Córdoba, a 6 días del mes de febrero año del nacimiento del Nuestro Salvador Jesucristo 1428 años. Testigos que fueron presentes a todo esto que dicho es roga- dos y llamados especialmente por mí, la dicha doña Leonor López/ [119r] los dichos fray Alfonso y el dicho fray Gómez, su hijo, mis albaceas, e Joan Vázquez del Barro y Antonio Rodríguez, mi escri- vano, fijo de Alfonso Sánchez Partidor.

Leonor López

Yo Diego Alfonso, escrivano público de la muy noble ciudad de Córdoba, só testigo

Yo Alfonso González, escrivano público de Córdoba, só testigo

Recibido: 16/02/2009

Aceptado: 25/03/2009



RESUMEN: En el artículo se estudia y edita el *Testamento* de doña Leonor López de Córdoba. Su lectura, confrontada con la de las *Memorias*, no solo nos ayuda a comprender mucho mejor a doña Leonor, a profundizar en sus complejas relaciones familiares y a apreciar el nivel económico que había conseguido con el paso de los años, sino también a valorar la lucha de una mujer por defender su linaje y recuperar su patrimonio.

ABSTRACT: The article analyzes and edits the will of doña Leonor López de Córdoba. Its reading, compared with the *Memoirs*, not only helps us understand more clearly doña Leonor, to gain more in depth knowledge of its complex family relationships and to value the economic standard that she had reached through the years, but also to appraise the fight of a woman to defend her lineage and recover her assets.

PALABRAS CLAVE: Leonor López de Córdoba, *Memorias*, *Testamento*.

KEYWORDS: Leonor López de Córdoba, *Memoirs*, *Will*.